

*La dama
y el plebeyo*

La dama y el plebeyo

Originally published in English under the title:

Courting Miss Lancaster

© 2010 Sarah M. Eden

Spanish translation © 2021 Libros de Seda, S.L.

Published under license from Covenant, Inc.

ALL RIGHTS RESERVED. No part of this work may be reproduced in any form or by any means without permission in writing from the publisher.

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdesedaeditorial

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell

Maquetación: Rasgo Audaz

Imágenes de cubierta: © Ilina Simeonova/Trevillion Images

Primera edición: agosto de 2022

Depósito legal: M. XX.XXX-2022

ISBN: 978-84-17626-69-3

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

SARAH M. EDEN



*La dama
y el plebeyo*

Libros de
seda

*Para Annette, alguien capaz de reconocer
el talento en cuanto lo ve, pero que,
en un momento de delirio, me incluyó en ese grupo.*

CAPÍTULO 1



Londres, agosto de 1806

Lo primero que voy a hacer por la mañana será arrojarla al Támesis.

— Harry Windover sonrió, aunque estaba seguro de que la amenaza del duque de Kielder había sido pronunciada con el objetivo de asustar y preocupar. El resto de Inglaterra temblaba al escuchar el menor atisbo de intimidación de la boca del infame duque, pero la amistad de Harry con el famoso noble le permitía interpretar con exactitud sus intenciones en casos como este. Adam Boyce, duque de Kielder, era perfectamente capaz de intimidar hasta el extremo, y no solo eso, sino que disfrutaba profiriendo cualquier tipo de amenaza, por tremenda que fuera, y lo hacía muy en serio. Pero aunque ladraba muy a menudo y muy fuerte, raramente mordía. Al contrario, su forma de actuar siempre era muy racional.

—¿Y se puede saber qué ha hecho esa condenada dama para merecer un destino tan funesto? —preguntó Harry sin dejar de sonreír.

—Quiere una temporada de presentación en sociedad —declaró Adam con tono de evidente desaprobación y también de gran asombro.

—Como la mayoría de las jóvenes —observó Harry—. ¿Cómo, si no, van a lograr sus pobres padres casarla con el mejor partido posible? Quiero decir, con el caballero adecuado.

Estuvo a punto de soltar una carcajada al ver la cara de odio con la que lo miró su amigo. Adam había redefinido la expresión «el mejor partido posible» durante su último noviazgo formal. En sentido estricto, las palabras «noviazgo» o «cortejo» no eran del todo adecuadas para describir la forma en la que Adam «adquirió» una esposa. Había escrito una carta, ofrecido como dote el equivalente a varias pequeñas fortunas y se había casado. Todo en un periodo de unas pocas semanas. Los caballeros que, como Harry, no tenían fortuna, o que la tuvieran, pero no la posibilidad de desprenderse de parte de ella, por mínima que fuera dicha parte, habían pasado a engrosar un grupo al que jamás se tendría en cuenta a partir de entonces. O sea, inelegibles y muy, pero que muy solteros de por vida.

—¿Puedo preguntar por qué la nada extraña petición de esta pobre muchacha merece un fin tan drástico para su sin duda corta existencia?

—Pierdes facultades, Harry: si muere, no necesitará ninguna temporada de presentación.

—Cierto, pero sí que va a necesitar un velatorio, y hasta un funeral, que también serían extraordinariamente aburridos.

—Pero infinitamente más cortos.

Un joven caballero de veintipocos años hizo intención de sentarse cerca de Harry y Adam, que estaban pasando la tarde en White's. A Adam le sobró una breve mirada para enviarlo al otro extremo del salón con la cara tan pálida como si hubiera visto un fantasma.

—¿Ahora te dedicas a torturar a la infantería? —preguntó Harry riendo entre dientes.

Adam hizo caso omiso al comentario, lo que provocó aún más risas en Harry. Era lo habitual en ellos desde sus días juntos en Harrow. Allí fue donde Adam desarrolló su fachada de «duque aterrador». Sabiendo que su amigo era, en el fondo, una persona agradable y de buen corazón, Harry se reía ante el absurdo que aquello suponía, lo que hacía que Adam se enfadara. Harry sabía muy bien que, bajo su máscara de hierro, el duque era consciente de la enorme diferencia que había entre lo que era y lo que pretendía transmitir, pero le asustaba perder la armadura. En cualquier caso, nunca había alejado de su lado a Harry, aunque muchas veces lo había amenazado con hacerlo.

—Cada año hay una cantidad enorme de jóvenes damas que disfrutan de su temporada como debutantes en sociedad, Adam —insistió—. ¿Por qué te molesta tanto este caso concreto?

—Pues porque en este caso concreto voy a disfrutar del dudoso placer de ser el guardián y tutor de la debutante.

Harry perdió el aliento durante una fracción de segundo. Ya sabía con absoluta seguridad quién iba a ser la víctima del mal humor de Adam en los próximos meses. Atenea Lancaster, ni más ni menos...

—Eres el guardián legal de las hermanas y el hermano de tu esposa —le recordó—. Cuando uno tiene cuñadas, y más si las ha provisto de las dotes más envidiables del reino, eso lleva implícito asumir las temporadas de la presentación, amigo mío.

—He asumido la responsabilidad porque su padre está perdiendo facultades a marchas forzadas —puntualizó Adam—. Lo que pasa es que si tengo que sufrir semejante tedio, me temo que voy a perder las mías aún más rápido.

—En ese caso, ¿qué iba a ser de nosotros? —bromeó Harry soltando una risotada.

—¿Mi cordura, o la pérdida de ella, te divierte? —espetó Adam levantando su muy temida ceja izquierda.

—Me divierte todo lo que te concierne, y mucho —insistió un sonriente Harry.

—Eso me lo vas a terminar pagando —amenazó su amigo.

—De todas formas, por divertido que sea, tu problema sigue estando ahí, enterito, para que lo disfrutes.

Adam soltó una tos irritada y se dedicó a lanzar miradas asesinas a otros miembros del club que habían tenido la inconsciencia o el atrevimiento de sentarse al alcance de su vista. El silencio hizo posible que los pensamientos de Harry se desbocaran.

Atenea Lancaster.

La figura de la joven se dibujó en su mente con absoluta claridad: rizos dorados, chispeantes ojos verdes, piel clara y reluciente. Atenea era algo más alta que su hermana, la duquesa de Kielder, que a Harry le llegaba más o menos por la barbilla, cosa que sabía perfectamente, ya que había permanecido a su lado en la firma de testigos del matrimonio entre Adam y Perséfone. En ese mismo momento descubrió que dejaba un tenue perfume a violetas. Su hermana Jane olía a lo mismo, pero de otra manera. Harry era el cliente preferido de la niña que vendía flores en una esquina de Picadilly, que siempre llevaba violetas. Y siempre le compraba un ramito. En otras palabras, Harry sabía que estaba perdidamente enamorado de Atenea.

Lo que era una enorme tragedia.

Gracias a la desesperación de su por entonces futuro cuñado, a Atenea le fue asignada una dote de veinte mil libras esterlinas, nada menos. Además, era la mujer más hermosa que conocía, una opinión que compartían todos y cada uno de los caballeros a los que era presentada. Además, tenía el guardián más celoso de su deber de todo Londres. Adam no paraba de protestar por los inconvenientes que le causaba su probablemente cercana

boda, pero Harry sabía muy bien que, en el fondo, se preocupaba por ella y por los demás cuñados debido en gran parte al profundo amor que sentía por su esposa. Y, aunque el temido duque no renegaba de la amistad de Harry, la esperanza de que contemplara favorablemente la posibilidad de conceder la mano de su cuñada a un caballero que solo podía aportar una hacienda apenas productiva, menos de setecientas libras al año y además en las agrestes tierras de Northumberland, era realmente escasa. Atenea se merecía mucho más. Y Adam se aseguraría de que lo lograra.

Harry había aceptado la situación hacía ya casi un año, a los pocos minutos de posar por primera vez la mirada en Atenea y hablar con ella, y se había resignado. Lo único que esperaba era no tener que soportar la contemplación de una cohorte de admiradores con el bolsillo mucho más lleno que el suyo.

—Atenea ha llegado esta mañana a Londres con su horda de hermanas y sirvientes y una institutriz insufrible —gruñó Adam.

¿Atenea estaba en Londres? Harry no logró discernir si eso eran buenas noticias para él o no.

—Esa exasperante muchacha me ha informado, ¡nada más llegar a Falstone House!, de que desea acudir a todos los eventos que se celebren durante la temporada corta —prosiguió Adam. Si no conociera tan bien a su amigo, Harry habría dicho algo para objetar la denominación «exasperante muchacha»—. Explicó que estaba segura de que esa opción sería más satisfactoria para mí. —La expresión de desaliento dejó muy claro lo que opinaba sobre la lógica de su cuñada.

—O bien la señorita Lancaster no ha caído en la cuenta de que dejas Londres todos los meses de agosto con una puntualidad de eclipse —empezó Harry, pensando que no resultaría muy apropiado llamar por su nombre de pila a Atenea delante de Adam—, o bien piensa que la temporada corta, menos activa socialmente, podría ser de tu agrado.

—Es obvio que estaba muy mal informada —espetó Adam.

—¿Y se lo hiciste saber? —preguntó Harry, procurando mantener un tono ligero y neutro, no fuera a ser que su amigo adivinara la tensión que estaba experimentando al pensar en la reacción de Atenea ante los habituales exabruptos de Adam.

El gruñido de Adam lo dejó tranquilo. Adam casi nunca hacía ruidos de desagrado si bastaban las palabras. Evidentemente, este no era el caso.

—Las mujeres Lancaster son manipuladoras —masculló Adam—. Atenea me informó de sus deseos, sonrió y desapareció de mi vista sin darme tiempo a que pronunciara una sola palabra. Y al cabo de unos segundos apareció Perséfone, que me agradeció de manera bastante... efusiva lo bien que me portaba con sus hermanas. Cuando me di cuenta de que me estaba distrayendo, ya se había organizado y se había puesto en marcha todo.

Harry rio entre dientes.

—Pues sí que son manipuladoras, válgame el cielo. —Lo habían planeado muy bien, sin duda. Sabía que Perséfone tenía la cabeza muy bien amueblada y sospechaba que Atenea no le iba a la zaga. Alguien que llevaba el nombre de la diosa griega de la inteligencia difícilmente podía ser medio lela.

—Se me ha pasado por la cabeza volver a Falstone Castle y dejar a su suerte a Atenea —declaró sombríamente Adam—. Dejarla que escoja sin ayuda entre la interminable cola de imberbes estúpidos que se va a formar para aspirar a cortejarla y que no van a parar de desfilan por mis salones. ¡Qué aburrimiento, por Dios! Si fuera por mí, los mandarían a todos a las colonias y a Atenea a un convento.

—¿Piensas que aceptaría ese destino? —bromeó Harry.

Adam masculló algo que pareció sonar a «las condenadas mujeres Lancaster» y se enfrascó de nuevo en el periódico.

—Igual deberías contratar a alguien, Adam —sugirió Harry entre risas—. Pon un anuncio en el *Times* requiriendo los servicios de... ¿cómo podríamos llamarlo?... de un «evaluador de pretendientes» con experiencia, eso es. Habría que encontrar a alguien que conozca bien la alta sociedad londinense, que sea capaz de distinguir las manzanas a medio pudrir de las completamente podridas, y que, de paso, pueda soportar estoicamente el interminable cotorreo de los eventos sociales o, preferible y milagrosamente, que hasta disfrute con él.

—Harry, si tu hacienda termina de arruinarse del todo, podría contratarte a ti para ese puesto —dijo Adam husmeando el periódico sin pararse en ninguna página—. No has podido describirte mejor a ti mismo.

Harry se rio, ganándose una mirada a medio camino entre la admiración y el asombro del jovenzuelo al que Adam había mirado antes con cara de poquísimos amigos y dándole un susto de muerte. No era la primera vez que se ganaba ese tipo de reconocimiento. Cualquiera capaz de reírse en presencia del duque o estaba como una regadera o apreciaba muy poco su existencia. Ahora que lo pensaba, la línea que separaba una cosa de la otra era bastante tenue en esos complicados tiempos. Más o menos como ser un bufón de la corte en la época en la que la realeza podía decidir decapitaciones sumarias con un chasquido de dedos.

—«Evaluador de pretendientes»... —dijo Adam pasado bastante rato y en tono reflexivo. Cualquiera que conociera bien su habitual gesto sombrío podría decir que el de ese momento parecía casi alegre—. Harry, pon un precio.

—¿Un qué? —dijo Harry riendo entre dientes. Adam estaba empezando a desvariar.

—Sí, un precio por hacerte cargo de todo el aburrimiento que se avecina.

—¿Perdona...?

—¡No seas obtuso! —espetó Adam. El brillo de alegría había desaparecido de sus ojos, si es que alguna vez lo hubo—. No tengo la menor intención de pasar las noches de los próximos meses en bailes y recepciones o tomando el té por la mañana con visitantes madrugadores. Sin embargo, tú disfrutas con todo eso.

—¿Me estás pidiendo que ayude a tu cuñada a buscar un marido? —Adam no podía ni siquiera imaginarse hasta qué punto era irónica esa propuesta.

—Solo para escoger las manzanas a medio pudrir, tal como creo que has dicho tú hace un momento —corrigió Adam—. Yo me encargaré de las formalidades, al fin y al cabo soy el cuñado.

—¿Te refieres a desmembrar vivos a los aspirantes que no superen las pruebas?

El gesto de alegría de Adam dejó bien a las claras el gozo que le supondría tal actividad.

—Me refiero a todo lo que no sean convenciones sociales. Y como siempre estás invitado en nuestra casa y eres amigo de la familia desde hace muchísimo tiempo...

Harry levantó las manos mostrando su rendición. Solo disponía de unas ruinosas habitaciones en Londres que podía considerar suyas y carecía de medios para vivir holgadamente. No iba a Falstone Castle en Northumberland a no ser que Adam estuviera allí, y las visitas a su impresentable hacienda solo suponían frustración. Para reparar los problemas causados por tantas generaciones de abandono hacía falta dinero, un dinero del que no disponía. Así que ser el constante invitado de su amigo era casi una necesidad, un medio de proveerse del sustento y del abrigo que no se podía pagar. Adam nunca le había pedido nada a cambio de su continua hospitalidad. Así que, en conciencia, no podía negarle un favor si se lo pedía.

—¿Solo separar el trigo de la paja? —preguntó algo renuente.

—A no ser que creas que Atenea no va a provocar mucha atención —dijo Adam levantando una ceja. Sabía perfectamente que Atenea despertaría una expectación inusitada en cuanto se presentara en sociedad.

—Qué va, todo lo contrario —dijo negando con la cabeza y procurando no refunfuñar.

—Y es fundamental que a los aspirantes inadecuados se los despache de inmediato —aseveró Adam.

A Harry le gustaron esas palabras. «Despachar a los aspirantes inadecuados». Él no podía aspirar a ella, era consciente. Pero sí que iba a poder buscarle un caballero que la tratara bien, que se interesara por ella aparte de su dote y de su posición social. No le cabía duda alguna de que sería una tortura para él, pero al menos podría contribuir a un objetivo satisfactorio.

—Igual deberías definir tu concepto de «aspirantes inadecuados» —aventuró Harry.

Adam le dedicó esa mirada que se guardaba para cuando, en su opinión, consideraba que lo que decía Harry no alcanzaba el nivel mínimo de inteligencia requerido, pero se dignó contestar.

—A ver: mujeriegos, divorciados, calaveras, canallas, cualquiera que no pertenezca a la nobleza, los demasiado jóvenes o demasiado viejos... Sin duda, los estúpidos o cobardes. Y, por descontado, nadie que pertenezca a mi familia lejana. —Harry sonrió al oír lo último. Adam tenía pocos familiares lejanos y sabía que no le gustaban absolutamente nada, ninguno de ellos—. Y en ninguna circunstancia se debe permitir que la corteje un cazafortunas. Eso no lo voy a permitir bajo ningún concepto, no, señor.

Ese fue el punto final de cualquier mínima esperanza que Harry pudiera haber albergado. Aunque la dote de Atenea le importaba muy poco, era absolutamente consciente de su propia falta de

medios. A los ojos de la alta sociedad, e incluso a los de su mejor amigo, Harry sería considerado por la alta sociedad como la más despreciable de las criaturas: un apestoso y repulsivo cazafortunas.

—Creo que seré capaz de mantener alejada a la señorita Lancaster de todos esos indeseables —dijo Harry, resignándose a pasar unos meses de tortura, aunque quizá fueran solo semanas si Atenea se volvía tan popular como esperaba.

—Pues esperemos que no te dé la lata con peticiones e ideas fuera de lugar. — Adam negó con un gesto de impotencia—. No creo que te libres de ella antes de que termine la temporada corta.

Librarse de ella.

Una sonrisa surcó el rostro de Harry.

Varias semanas con Atenea. Las pocas horas que había pasado en su compañía tras la boda de Adam habían sido de lo más agradables. También estuvo con ella en la última Navidad. Atenea y sus hermanas habían llegado a Falstone Castle esa primavera semanas antes de su partida a Londres. Era una joven dulce, un rasgo más que compartía con su hermana, pero también inteligente y despierta, y con un agudo sentido del humor. Su atracción por ella no había dejado de crecer.

—Entonces, ¿cuándo empiezan mis tareas? —preguntó Harry expectante.

—Tan pronto como las damas estén satisfechas con su vestuario. Pero solo el cielo sabe lo que puede tardar eso.

Harry asintió con aire ausente. Las siguientes semanas iban a ser las más sañudamente torturadoras de toda su vida, y su intención era disfrutar cada minuto de ellas.